

JOSÉ NATANSON MANUEL ANTONIO GARRETÓN ANNE VIGNA FEDERICO KUKSO
MARISTELLA SVAMPA IBRAHIM WARDE IGNACIO RAMONET SERGE HALIMI

LE MONDE

diplomatique

el dipló, una voz clara en medio del ruido
diciembre 2017

Capital Intelectual S.A.
Paraguay 1535 (1061)
Buenos Aires, Argentina
Publicación mensual
Año XIX, Nº 222
Precio del ejemplar: \$90
En Uruguay: 100 pesos

www.eldiplo.org



Imprevisible y sin una estrategia clara, la política exterior de Estados Unidos profundiza la inestabilidad global.

El extraño mundo de Trump



Dossier

Jim Watson/AFP

Economía y poder en América Latina

Páginas
2 a 10

El triunfo de Sebastián Piñera en la primera vuelta de las elecciones en Chile confirma el nuevo tiempo que vive la región. La reforma laboral, la contracción del consumo y el ajuste estatal bajo la pauta de una supuesta modernización son las marcas de estos nuevos gobiernos.

UN ANÁLISIS DE LOS RESULTADOS DE LAS ELECCIONES DEL 19 DE
NOVIEMBRE

Chile, más polarizado

Por Manuel Antonio Garretón*

Aunque el candidato de derecha, Sebastián Piñera, y el de centroizquierda, Alejandro Guillier, pasaron a la segunda vuelta, la principal novedad es la emergencia del Frente Amplio y la desaparición del “centro orgánico” que había prevalecido desde el final de la dictadura. Detrás de estos cambios se esconde el problema de la desconexión entre política y sociedad.

La primera vuelta de las elecciones presidenciales de Chile parece haber tenido resultados sorprendidos respecto de lo que se había pronosticado. Comencemos señalando que pareciera haberse detenido, contra los temores prevalecientes, la espiral de baja sostenida de la participación electoral. Frente al 42% de las elecciones presidenciales de 2013 y el 35% de las elecciones municipales del año pasado, esta vez la participación remontó a más del 46%, lo que de todos modos sigue siendo muy bajo para los estándares históricos chilenos.

El freno de este descenso podría significar, aunque no puede asegurarse, un camino hacia la recuperación de esos estándares. La cuestión es central porque, si bien en todos los países se destacan la crítica y la desafección de la política como problemas básicos de la democracia, tema que requeriría un análisis más detallado, en ninguno ha disminuido tanto la participación política como en Chile, e incluso en algunos países de América Latina ésta se había mantenido o crecido en los últimos tiempos.

Por otro lado, hay que señalar que en el caso chileno, a diferencia de otros países, la participación electoral, por escasa que fuera, tenía una valoración mayor considerando la ausencia de otros canales institucionales de participación y el hecho que ella era el reflejo de la relación entre la política institucional, por un lado, y los actores sociales, los movimientos y la ciudadanía, por otro. La ruptura entre estas dos instancias, el quiebre de los lazos entre el mundo político y el mundo social, no ha sido superada, pero el freno momentáneo del descenso de la participación electoral y la aparición de nuevos referentes plantean la hipótesis que podríamos estar ante un momento de inflexión.

Derecha e izquierda

En este marco, lo primero que llama la atención en el análisis de los resultados es la votación de la derecha, puesto que las encuestas previas señalaban que Sebastián Piñera obtendría más del

44 %, en tanto que José Antonio Kast, candidato que podría considerarse de ultra derecha, se situaría en torno al 4%. Si sumamos los porcentajes de los dos candidatos (36,6 % de Piñera y el 7,9% de Kast) llegamos al emblemático 44%, que es el mismo porcentaje que alcanzó el Sí en el histórico y fundante plebiscito de 1988 a favor o en contra de la continuidad de la dictadura de Pinochet. }

La votación de Piñera fue esta vez inferior a la que había obtenido en la primera vuelta de las elecciones de 2005 y 2010, en la que se terminó imponiendo en el ballottage. En este escenario, lo más probable es que si la derecha mejora su porcentaje en la segunda vuelta (el 17 de diciembre) esto se deba menos a un aumento de los votos que al menor número de votantes (y quizás al posible traslado de algún voto demócratacristiano hacia Piñera). Esto desmiente una de las primeras falacias con que a menudo la opinión pública y algunos analistas evalúan los resultados de la primera vuelta: la idea de que Chile seguiría un discutible patrón latinoamericano de giro a la derecha. Un eventual triunfo de Piñera se explicaría por las razones señaladas y no por un supuesto giro histórico fundamental. Pero quizás el elemento más sorpresivo fue la votación obtenida por el Frente Amplio, una coalición de más de una decena de agrupaciones políticas de izquierda, algunas no constituidas como partidos propiamente tales, tanto con su candidata presidencial, la periodista Beatriz Sánchez (20,2%), como a nivel parlamentario (20 diputados y 1 senador). Aquí sí estamos frente a un fenómeno nuevo: la emergencia de un nuevo referente de la izquierda, diferente a los partidos de este sector surgidos en la década de los sesenta a partir de escisiones de partidos tradicionales, como el Partido Socialista y el Comunista, y con posiciones ideológico-políticas alternativas propias de aquella época.

Pero el Frente Amplio también es diferente a las opciones de izquierda surgidas en otras elecciones de las últimas décadas, que correspondían a partidos fuera de las dos grandes coaliciones de centroizquierda, que se llamaron sucesivamente Concertación y Nueva Mayoría. La Concertación, que tenía como ejes a la Democracia Cristiana y al Partido Socialista, junto al Partido por la Democracia y el Partido Radical, fue la coalición gobernante desde la recuperación democrática por cuatro períodos. Nueva Mayoría fue una ampliación de la primera coalición, principalmente con el Partido Comunista, que había capitalizado en gran parte el descontento social y que obtuvo el triunfo con la elección por segunda vez de Michelle Bachelet. En efecto, la novedad del Frente Amplio marca una diferencia con los partidos de centroizquierda tradicionales pero también con las alternativas a ellos surgidas previamente, como la candidatura de Marco Enríquez-Ominami, que en las elecciones presidenciales de 2009 había obtenido un porcentaje de 20%, similar al del Frente Amplio esta vez.

La diferencia estriba en que en aquella ocasión la candidatura de Enríquez-Ominami era una escisión de la coalición gobernante (Concertación), producto de un malestar y una fuerte crítica, con una impronta muy personalista de su liderazgo, que al no tener mayor presencia institucional o parlamentaria sufrió una baja a la mitad en la siguiente elección y que en los últimos comicios alcanzó un porcentaje inferior al 6%. En cambio el Frente Amplio, aunque algunos de sus líderes ya estaban presentes en las elecciones de 2013, por primera vez se presentó como tal en elecciones presidenciales y parlamentarias de este año, obteniendo un 20% y convirtiéndose en la tercera fuerza parlamentaria.

El Frente Amplio es, por lo tanto, un fenómeno de fundación política, no una escisión de un partido previamente constituido. El sorpresivo apoyo obtenido lo dejó cerca de pasar a segunda vuelta. Sus votos serán fundamentales para decidir el resultado de ésta. Se trata de un nuevo referente de izquierda que tiene, además de la potencia electoral y parlamentaria, una base territorial y organizacional a nivel de movimientos sociales, especialmente estudiantiles. Ello

modifica el panorama político chileno y, salvo divisiones suicidas, asegura su futuro al menos en el plano institucional.

En otras palabras, si al comienzo de los ochenta, en plena dictadura, podíamos anticipar que el futuro de la política chilena giraría en torno a la alianza entre el Socialismo y la Democracia Cristiana, hoy cabe pensar que en las próximas décadas girará en torno a las relaciones entre la centroizquierda (Concertación o Nueva Mayoría) y la nueva izquierda del Frente Amplio.

A diferencia del Frente Amplio, y pese a haber pasado a segunda vuelta, la centroizquierda sufrió una muy importante derrota. Por primera vez no hubo alianza entre las fuerzas de izquierda y la Democracia Cristiana, cuya candidata obtuvo 5,9% frente al 22,7 de Alejandro Guillier, un ciudadano independiente que se postuló al frente de la coalición de centroizquierda entre radicales, socialistas, el Partido por la Democracia y el Partido Comunista.

Pese a haber mantenido cada uno de los partidos su representación parlamentaria, en algunos casos con leves fluctuaciones, la elección presidencial no sólo sentenció el fin de la coalición sino también marcó un fuerte declive electoral. Sin duda el sector más afectado fue la Democracia Cristiana, pues su visión anticomunista, su tendencia hegemónica al interior de la coalición, la permanente nostalgia del camino propio y sus contradicciones respecto del gobierno de Bachelet (del que formaba parte), terminaron predominando por sobre las posiciones originales de su candidata, Carolina Goic, que había asumido la dirección del partido planteando la permanencia en la coalición. El precio de todo ello fue la votación presidencial más baja de su historia.

En cuanto a la candidatura de Guillier, representante de lo que quedaba de la Nueva Mayoría, aunque logró pasar a segunda vuelta para disputar la Presidencia con Piñera, obtuvo la más baja votación de las coaliciones de centroizquierda desde que se recuperó la democracia. A ello hay que agregar un programa de gobierno ambiguo y una coalición en la que no se percibió la impronta de ninguno de los partidos principales, en especial del Partido Socialista, que dejó de ser el eje político que había sido en el período que se había iniciado en 1990, con la llegada de la Concertación al poder, y que hoy aparece como una fuerza fragmentada, sin proyecto ni liderazgo.

Otra polarización

Los resultados de las elecciones de noviembre sugieren que Chile se encuentra en una nueva polarización política y social, que añade al clivaje heredado de la dictadura y de la transición (derecha / izquierda) un nuevo clivaje, que gira en torno al legado del gobierno actual. El segundo gobierno de Bachelet fue, por lo tanto, el más importante de todo el período democrático, independientemente de sus fracasos y éxitos: el futuro del país se definirá en torno a lo que fueron sus reformas y proyectos de superar la sociedad post pinochetista. Y en ello hay dos grandes posiciones que de alguna manera dividen a la sociedad chilena, al menos a la ciudadanía que vota. Una es la que expresa un sólido bloque, la derecha, a la que se agregan sectores de centro, y consiste en revertir o congelar el proyecto de transformación iniciado durante la gestión actual. La otra posición es la que expresan las fuerzas que apoyaron a Guillier y el Frente Amplio, junto a otros partidos menores de izquierda. Mientras que la derecha se encuentra unificada, la izquierda conforma un espacio dividido, en la medida en que Guillier propone una cierta continuidad respecto del gobierno de Bachelet, aunque sin mayor claridad al respecto, mientras que el Frente Amplio defiende una profundización radical, al menos en temas como la reforma del sistema de pensiones, la nueva Constitución, la educación superior y la desigualdad.

En este nuevo panorama político, por primera vez en casi un siglo de historia, desapareció el centro político orgánico para dar lugar a un polo de derecha, un polo de centroizquierda y una nueva izquierda, lo que plantea a estos últimos la cuestión ineludible de enfrentar en conjunto al proyecto conservador o hacer primar las propias visiones y tratar de convertirse cada uno en el eje que busca eliminar –o asimilar– al otro. Esta tensión y disputa entre centroizquierda y nueva izquierda no es inédita hoy en el mundo: ambos sectores tendrán que mirar, más allá de estas elecciones pero entendiendo lo que se juega en la segunda vuelta, lo que ha ocurrido en otros contextos... y aprender las lecciones.

Para ello, volviendo al inicio de esta nota, tendrán que reconocer que el problema de la ruptura entre el mundo social y el mundo político en Chile no ha sido resuelto en estas elecciones ni se resolverá en la segunda vuelta, más allá del resultado, porque de lo que hablamos es de una sociedad que ya no se articula ni se expresa mayoritariamente a través de la política, como ocurría en el pasado. Sin repetir las fórmulas clásicas de relación entre partidos y actores sociales, sólo el que logre apostar a la resolución de este problema tiene un futuro auspicioso.

* Sociólogo chileno, profesor titular del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.

© *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur